

Título: *Elegía por las rutinas de todos los días-laboratorio, la lista, los lugares lejanos*

Autor: Dra. Miruna Achim

Adscripción: Departamento de Humanidades, UAM-Cuajimalpa

Correo: kimichintli@gmail.com

Del otro lado del patio interior, con sus helechos y pisos enverdecidos por la lluvia, con grandes caracoles Strombos colocados sobre los marcos de las ventanas, en el lugar más retirado de la casa, detrás de los vidrios mate, tal espías de una intimidad que no es nuestra, entramos al estudio de la artista. Lo leemos en clave de lista vertiginosa de cosas que uno no sabe dónde empiezan ni dónde acaban ni para qué sirven. ¿Cómo hacer el inventario de la acumulación en este gabinete/laboratorio de orden que desconocemos, que no es nuestro?

Un caballete con fotografías pegadas —Leonora con sus esculturas en diferentes fases de producción—, algunas de sus esculturas en miniatura, el querido cocodrilo con sus cocodrilos, un platito de cerámica con una herradura, un malacate y una hacha (prehispánica?) de piedra dura, una lámpara, botes, frascos, y más botes de pigmentos contra el ladrillo pintado de blanco de la pared del fondo; un pequeño escaparate de tres estantes con más frascos de colores todavía, broches, tubos de pintura, lápices, gomas, rastrillos viejos e instrumental de química un crisol, un mortero, recipientes de vidrio para mezclar, rebajar, disolver, Trementina, para disolver materia orgánica; aceite de linaza, para reducir pintura al óleo; liquin, para acelerar el secado; resinas. Pinturas acrílicas, pigmentos permanentes. Nombres tomados de alguna farmacopea o texto alquímico: sales de aluminio, tierra verde, verde óxido, sombra cruda, negro marfil... Muchos botes, la gran mayoría, han perdido sus etiquetas o nunca las tuvieron. Leonora ha de haber usado frasquitos de mermeladas o de medicamentos (Kolantyl) para guardar polvos y pinturas. ¿Cómo recuperar su orden? ¿Existe un orden o una taxonomía de sentidos, de gestos y de usos más allá del que le damos cada quien a nuestras cosas? ¿Qué sentido tienen las cosas cuando la gente ya no está?

El estudio disciplina, demanda gestos precisos, aprendidos y repetidos tras centenares de horas. El color es práctica: la práctica diaria de cruzar el pequeño patio, sentarse en frente del caballete y empezar por mezclar. La sustancia se vuelve viscosa, se vuelve fluida y ligera, exhala olores. La obra plástica de Leonora no se puede entender sin la acumulación de cosas, de prácticas,

Comentado [aR1]: Revertir a coma, por favor. No tienen caso los dos puntos porque lo que sigue no es una enumeración de esculturas en miniatura

Comentado [aR2]: este guión no se ha abierto, por lo tanto viene sobrando aca

de gestos, de rutinas diarias. El arte, como todo conocimiento, es materialidad, la terquedad de los pigmentos que se secan, de las brochas que se desgastan, del piso frío en épocas de lluvia, del vidrio que deja pasar el sol de la tarde. Es soledad. El estudio es la disciplina de encerrarse todas las mañanas y todas las tardes y de enfrentarse a esta materialidad, sentir su resistencia sobre el cuerpo y los pensamientos, imprimirle la forma de la mano que exprime un tubo de pintura, luchar contra el orden establecido del mundo, luchar por entenderlo o por oponerse a él o por refugiarse de él.

Pero, al mismo tiempo, el laboratorio de colores de Leonora se abre al mundo, se conecta a través de hilos insospechados al exterior. Hay cosas cuya presencia recuerdan caminos tenues, de una sola caminata, de una sola vez. ¿De dónde viene la pequeña hacha, lisa y fría, que la artista sopesa en la mano de vez en cuando? Es más pesada de lo que uno se imaginaría. ¿Fue un regalo de los amigos que la visitan por las tardes? ¿El recuerdo de un viaje a las ruinas? ¿Y el malacate de cerámica? ¿La herradura la encontró en un camino de tierra? Los grandes caracoles emblanquecidos por la lluvia y el sol, ¿los recogió en una playa del Pacífico? En fin, ¿qué hacen estas cosas en el estudio de la artista? ¿Qué memorias activan? Hay también cosas más tenaces, que insisten en recordar trayectorias bien marcadas, pasos ensayados tantas veces: los pigmentos y disolventes Winsor & Newton que están por doquier, ¿serán los mismos que habrá usado cuando, en su lejana Inglaterra, entendió que su destino serían los colores? Los pigmentos permanentes (de Cincinnati, Ohio), ¿le hablarán de ese lugar del norte, que, por azares de la industria petroquímica, produce materiales para artistas? Y luego, está el polvo cuyo nombre guarda el recuerdo de erupciones volcánicas en el Holoceno: cinabrio de Monte Amiata, que se extrae de las montañas de la Toscana desde tiempos antiguos.

En los intersticios entre lo lejano y lo cercano, entre el tiempo de ahora y el de la eternidad, entre los nombres del otro lado del océano y los comunes de cada día, entre las cosas que encontraron su lugar, por coyuntura, por contingencia, por un momento, aquí o allá —ahora este juego de darles lugares a las cosas se nos niega ante la permanencia del espacio sin vida— Leonora pintó durante años. Su arte ~~se enmarea entre~~ figuras, temas, conceptos; pero es, sobre todo, pigmentos, malacates, herraduras, disolventes, matraces, más los gestos de acariciarlos con la mirada; abrirlos, ponerlos en contacto uno contra el otro y contra la piel. Su arte es el sedimento de polvos que nos miran ahora desde frascos sin nombres, como testigos ciegos. Se han quedado sin aliento.

